

CUENTO

MELANCOLÍA

ADRIANO PERIÁÑEZ*
LINDA WINDE MORENO*

* Estudiantes Universidad Autónoma Latinoamericana.

Mientras se miraba en el espejo y se acomodaba el uniforme blanco se le reveló, como si fuera parte de otra casa, el pequeño zaguán y el cuarto del fondo donde su padre había muerto. No visitaba el espejo desde entonces. En su cara la tristeza de dos semanas mostraba una grieta lóbrega que el maquillaje no componía. Se detuvo un instante como queriendo precisar las cosas. Ahora podía ver con mayor claridad el panorama íntegro de la desolación, la espacialidad en la que ella era una imagen más, simple y alargada como el zaguán, cerrada por dentro como la blancura de su traje.

- Vas a llegar tarde.
- No tengo ganas de ir.

La mano de su madre deshizo un pliegue que tenía en la espalda y ratificó su esbeltez. Helena era una mujer resistente, hecha de un material pálido y tosco, con una gracia y una estupefacción que evidenciaban la obra de un dios aburrido. Había trabajado en el hospital como enfermera auxiliar y en su manera de caminar se notaba un largo trajín de pasillo, hipoclorito y enfermedad.

– Es mejor distraerse, le dijo la madre. Así la tristeza se olvida de uno.

Era viernes. En el cuadro de turnos le correspondía noche, posturno y corrido. Carolina, una compañera del trabajo, se lo anunció por teléfono. No le importó mucho. La muerte intempestiva de su padre era el único evento que podía sucederle en el mundo, lo demás eran cuidados paliativos.

– No se te olvide comer algo, le dijo su madre.

Tres de sus pacientes habían muerto desde la última vez que hizo la ronda por los pabellones del hospital. La enfermera-jefe le dijo, en la intimidad de las tres de la mañana, que a Karla la habían echado porque supieron que se estaba robando las dosis de morfina. Era una revelación y al mismo tiempo una advertencia. El ascensor del ala derecha, en el octavo piso, estaba descompuesto y una cinta amarilla con el signo de peligro lo aislaba del uso.

– No vaya a ser que suceda como en la otra sede que una enfermera se cayó entre dormida por el hueco.

Todo lo que le decía su jefe tenía el aire enrarecido de la tragedia o el vericuerdo de la calamidad. Pese a las nuevas, nada en verdad había cambiado, las cosas estaban hartas de ser siempre las mismas, el mismo botiquín y el mismo saludo, el mismo ventanal dibujaba al fondo la misma arboleda que estampaba su insistencia negra contra el vidrio. El zumbido de la bomba de aire del acuario volvía a ganar, como siempre, la intensidad que había cedido durante el día. La halitosis era una confir-

mación del turno de noche y los intervalos silenciosos que agrega el frío.

Al amanecer cuando llegó a casa su madre la recibió con una taza de café. En la mesa del comedor lidiaba por sostenerse la cabeza con las dos manos. Esta vez no eran el sueño y el cansancio los árbitros de su derrota, era el recuerdo que se desplegaba en el mantel de cuadros, la sonrisa bajo el bigote, la mirada zarca del viejo. Habían sido, hasta hace poco, una familia de tres personas como los tres puntos no colineales que definen el plano de la vida. Compartían los matices de una felicidad que se jactaba de haber alejado la soledad y la necesidad, un triunfo discreto pero contundente. En las últimas vacaciones habían ido a *Rincón del Mar*, una pequeña aldea de pescadores en el Caribe. Lino Altamar, un hombre sin nubes, les había mostrado gran parte del lugar y les hablaba de la isla de los pájaros:

– En el atardecer ellos velan sobre las copas de los árboles y en las cuevas se sienten ecos.

Cuando se acercaron en la lancha para ver de cerca la isla descubrieron que las rocas estaban ennegrecidas por el estiércol y que los pájaros emitían un graznido devorador.

– Parece como si nos gritaran algo, dijo su madre.

Se estaban hospedando en un hotel de cara al mar. Mientras ella dormía hasta las ocho de la mañana su padre salía a presenciar los colores del amanecer. Salidas de la chistera de la noche las cosas se ofrecían en detalles. Comían pargo recién pescado y ostras. La sencillez del lugar los volvía aún más sencillos, como si los ritmos del viaje se hubieran compuesto con los ritmos de toda la vida. No les interesaban las tres rentas que tenían ni el día de la semana que era. Se les veía extenderse en la playa y entrar en las aguas, su padre se la pasaba escribiendo y pintando en una libreta. Las imágenes del viaje jugaban vaporosas, aún calientes, en la mancha negra del café que inútil reposaba ahora en la mesa. El infarto no parece ser el testimonio de un corazón tranquilo.

Helena se descalzó y se puso unas pantuflas, luego se tomó el café y se encerró en su cuarto para dormir. La ventana de su habitación daba a la calle, justo debajo de un supermercado. Los carros surtidores dejaban encendido el motor mientras abastecían la tienda y el monóxido de carbono se colaba entre las hendiduras. La habitación era un delirio confuso y nauseabundo. Los sueños se mezclaban con el ahogo y el encierro. Divagó por horas antes de dormirse, luego soñó que un hombre oscuro la perseguía por callejones inconexos y que era burlada en un manoseo de gente cuyas caras eran alegres y tristes como animales domesticados. Al despertarse intentó incorporarse mecánicamente, pero sintió un peso que se le añadía al cuerpo. Su vientre estaba inflamado y distribuía una sensación de masas líquidas en desplazamiento. El turno del hospital le amontonaba los músculos alrededor del cuello. Se encontró vacía, horadada por un gusano que le había engullido lo más íntimo de sí misma y que ahora la llenaba con una bilis negra que le impedía moverse. Cuando intentó gritar del desespero, llamar a su madre, un ahogo sordo la socorrió tapándole la boca. La nueva vitalidad ya estaba viviendo a sus expensas. Otro cuerpo disfrutaba de las instalaciones y los perros mordían sus paredes. Sabía que algo de telaraña la unía a su pena íntima, sabía de mosquitos que aleteaban agitados entre las envolturas pegajosas, sabía de zonas expoliadas y de amplias avenidas que la muchedumbre había estrechado, con rostros que se miraban extrañados en sus propias calles. Estaba localizada, la rosa de los vientos distribuía con sus patas de araña cada sendero y en su barriga, miles de arañitas la miraban como se mira a una porcelana quebrada. Sintió el llamado y la precisión de una hora, la vida y la muerte son el brillo y la imagen de un espejo. No había duda, la cinta amarilla del ascensor había sido tijeretada. Ella nunca lo supo. Del otro lado del peligro, el vacío era un anuncio, una forma de arrojo o un despertarse de otro modo.



Ilustrador:
JUAN ERNESTO CORREA RIVAS